

en la agua trasparente, se encontraba una niña sentada sobre una de los piedras, muy ocupada en formar un manojo de berros que acababa de cortar. Un hermoso perro retozaba á su derredor y á cada instante la salpicaba de lodo, sin que ella se cuidara de esto. Al ruido de nuestros pasos. el perro ahulló. "Aquí, Pied-Blanc" gritó la aldeana; levantó la cabeza y entónces vimos que era Natividad. Nos reconocimos, á pesar del cambio que se habia operado en nosotros. Salta del arroyo y se lanza á nuestro cuello con toda la ternura de una hermana. Nos hacia mil preguntas; á la vez hablaba de su padre, de un anciano sacerdote, de sus vecinos del Traouel dan y del Keraliou; en seguida reia y saltaba delante de nosotros para anunciar nuestra llegada. Nosotros íbamos tras ella, y cuando corria, corriamos tambien. Pied-Blanc iba de uno á otro, saltaba y hacía oír un murmullo de buena acogida. Así volvimos á las costumbres infantiles del pasado, comiendo, charlando y riendo; llenos de gozo, salvamos este puente que veis todavia, y abriendo bruscamente la puerta de la choza, caimos todos á la vez en los brazos de nuestro padre.

Mazé Kervella nos recibió con una gravedad enteramente bretona: nos abrazó cordialmente, nos dió la bienvenida y salió un instante despues para trabajar en la construccion de un barco comenzado. El padre Olivier fué mas expansivo cuando en ese mismo dia fuimos á visitarlo. Lo encontramos muy cambiado, casi octogenario, su vista se disminuia mas y mas, y te-

mia quedarse ciego. El anciano padre, nos hizo mil preguntas; parecia satisfecho de nuestros estudios, lamentando solamente que ninguno de nosotros hubiera tenido vocacion religiosa. "Los tiempos son malos, dijo, y la Iglesia tiene necesidad de buenos sacerdotes. Pero Dios es el árbitro de todo; lo que él hace está siempre bien hecho.

En seguida el buen anciano se ocupa en nuestro porvenir. Se admiró demasido de la resolucion que yo le manifesté. En efecto ¿para qué tantos estudios si habia de venir á ser obrero aldeano? El combatió mis proyectos de pronto: luego que vió que á todo le encontraba respuesta, cedió, y se decidió que permaneceria en el Cabo, en tanto que mi hermano, especialmente recomendado por nuestro protector á uno de sus antiguos amigos, comenzaria por ocupar un pequeño empleo en una de las administraciones de la ciudad.

Así todo se arregló. Andres cortó los hermosos cabellos rubios que caian en bucles sobre sus espaldas; dijo adios al largo pantalon de lienzo blanco, al traje de *berlinge*, al gorro frigio; y el sencillo vestido aldeano remplazó el elegante de Plougastel. Yo sentia una congoja insoportable al asistir á esta metamórfosis. Me parecia que la ciudad no podia ser buena para Bretones como nosotros. Tambien Mazé veia con pena este cambio y Natividad suspiraba y movia tristemente la cabeza, doblando los vestidos que nos dejaba Andres.

Mas afortunado que él, yo no dejaba ni el traje, ni la parroquia de mis padres. Me encontraba bajo este techo de yerbas marinas, abrigo de mi cuna, entre un pasado, lleno de gozo y de inocencia y un porvenir tal como uno lo sueña á los diez y siete años. Los días se deslizaban para mí en medio de los cuidados y los placeres de la familia. No era un huérfano, un extraño en la casa del Cabo. La esperanza se unia al reconocimiento, para persuadirme que yo era realmente el hijo de Mazé-Kervella, y si yo sabia que Natividad no era mi hermana le daba en secreto un nombre mas dulce y mas estimado todavia.

“Si Natividad me amaba como á un hermano, yo la amaba mucho mas que á una hermana; y lejos de que esta pasion naciente, y ya tan fuerte, fuese un estorbo á mi fé religiosa, ella me iudicaba una nueva necesidad de la inmortalidad, y me daba mas motivos de admiracion para el Dios del cielo y de la tierra. En la tarde, despues del trabajo del dia, leia en voz alta un capítulo de la vida de los santos: en ninguna época de mi vida hizo esta lectura en mí una impresion mejor y mas profunda. El amor engrandecia mis ideas: me elevaba en el sentido de todo lo que es noble, generoso y heroico. Comprendí perfectamente que una santa muger no ha encontrado nada mas enérgico, ni nada mas adecuado para pintar al príncipe de las tinieblas, que estas terribles palabras: “¡Aquel que no ama!”

Aquí, en torno mio todo me refrescaba los recuerdos de un pasado qte nnca olvidaré. Echad una mirada mas allá de esta barreira: allá en los cercados, sobre piedras planas, habia colocado cuatro colmenas; ellas pertenecian á mi hermana; el buen Mazé le dejaba los productos. De este lado, habia yo sembrado flores á fin de que las abejas no tuviesen necesidad de alejarse para buscar el alimento. Cerca de este acebo, de luciente follaje, comenzábamos nuestros navios, y allá abajo delante de esta roca los acababamos, y los echabamos á la mar. Bajo los sauces que nos cubren con sus ramas, al borde del lavadero, Natividad llevaba su rueca é hilaba cantando. El ruido cadencioso de la manija que oprimia, la dulce armonia de su voz, la cancion ó estribillo monótono llegaba á nuestro taller como el murmullo de las olas. Frecuentemente dejaba mi trabajo, y me iba á poner de codos sobre la escarpa del muro á dos pasos de mi hermana, y la contemplaba enbebido á traves de nn cortinaje de verdura. Algunos rayos de sol caian sobre el delantal rayado y el sagalejo amarillo de la graciosa niña.

Pied-Blanc, acostado delante de ella, levantaba de tiempo en tiempo la cabeza y le lamia la mano.

Mi corazon brincaba dentro de mi pecho. Como un insensato, articulaba palabras sin coherencia y no podia separarme de este cuadro que el follaje de los árboles, agitados por el

viento de la playa, me mostraba y me ocultaba alternativamente.

Me estaban reservadas otras dichas. Natividad era ignorante, no sabia leer y no conocia más que la lengua bretona. Sentia no poder comunicarle una porcion de sensaciones, que yo debia al estudio y que ella no me hubiera comprendido. Sufria por no poder hablar con ella de mis queridos poetas, de las maravillas de la naturaleza y del cielo. El padre Olivier me habia dicho un dia:

“Para que uu matrimonio sea feliz, no son “necesarias las conexiones del nacimiento y de “la fortuna; lo que se debe buscar son las co- “nexiones de la educacion.”

“A pesar de todo mi amor, sentia yo que mi bienhechora tenia razon, y no sabia cómo dar á mi compañera esta parte de mi sér que le faltaba. Ignoro si Natividad adivinó mi pensamiento, pero ella misma se anticipó á mis deseos.

“Estabamos juntos y sentados en la cima de Roc-Nivelen; ella me habia mostrado un buque que salia de la rada de Brest, desplegando sus velas como el pájaro sus alas, y comenzaba un largo viaje. Le hablé de las islas lejanas donde debia abordar ese navio. Ella me escuchaba pensativa y con el dedo sobre la boca, interrumpiéndome de pronto:

“Adrian, me dice, queria que jamás hubieras “aprendido nada. Cuando me hablas de todas “esas cosas que ignoro, me parece que no pue- “des amarme como yo te amo. Sin embargo, “es muy difícil leer y hablar el lenguaje de las “ciudades. Si tu me quieres ayudar, tal vez “aprenderé muy pronto y entónces no estaré “tan avergonzada como ahora, y tu me ama- “rás mas.”

Así su tierna amistad hácia por mí, le dá el deseo de instruirse. Se convino en que Roc-Nivelen seria nuestra sala de estudio y que nos reuniriamos allí todas las tardes despues de nuestras horas de trabajo.

Elegimos entre las crestas de esta roca una abertura que nos dejaba ver nuesrtra casa en medio de los saucos, de los fresnos y de los sauces. Allí me sentaba sobre un banco de granito y Natividad se colocaba á mis pies; yo abria el libro, y la leccion comenzaba muy seriamente. Todavía la buena voluntad de mi hermana no llegaba hasta la atencion y la paciencia; una vela blanca que se deslizaba sobre el Elorn, el vuelo de un gavilan ó de una gaviota, un insecto, cargado con una paja y arrastrándose sobre el musgo, le divertia mucho más que mis explicaciones mas interesantes.

Tenia necesidad de llenar mis funciones de maestro y de llamarla al órden con una mirada severa; la imaginacion de la discípula estaba en

otra parte. y cuando yo le hablaba de los Hebreos en Egipto, ella me mostraba al otro lado de la rivera á los pescadores de Kerhor que subian la costa con la red en las espaldas.

„Yo me incomodaba con estas multiplicadas distracciones, y aparentaba enojarme; entónces ella apoyaba su frente sobre mis rodillas, fingia dormir, ó bien se levantaba con una mirada placentera, me quitaba el libro, lo arrojaba léjos de mí y descendia de la roca con una rapidez que me inspiraba miedo.

“Otras veces ella misma se molestaba, me veia con aire enfadoso y se alejaba murmurando. Yo la llamaba, y ella concluia por repasar su leccion diciendo que no queria nada de mí. Creia ver una de esas pequeñas escenas de familia en que una madre, para castigar á su hijo por alguna travesura, le aparta un instante de su presencia. El niño llora, la madre se deja enternecer y lo llama ofreciéndole un beso. Sin embargo el culpable quiere tambien aparecer enojado; harto deseoso de las caricias, marcha despacio al aproximarse á su madre; pone sus manos en los ojos para no verla y si pone la mejilla al beso prometido, es diciendo todavia: “No, yo no quiero”

“Sin embargo, tuve ocasion de admirarme de los progresos de mi discípula: ella pudo muy prontamente permitirme esas expansiones del pensamiento tan necesarias para la expansion

de las almas. Demasiado tierna y demasiado candorosa, se hizo en un instante mas pensativa y mas afectuosa. ¡Con qué respeto auxiliaba yo el desarrollo de esta inteligencia original! ¡Con cuánto cuidado retiraba aquello que hubiera podido herirla en su modestia y en su inocencia!

“Pura como el manantial que no ha sido enturbiado por nada, ella reflejaba, embelleciéndolo, todo aquello que yo tenia de bueno y verdaderamente digno de ella. ¡Oh! hubiera sido demasiado feliz con poseer tal mujer? Nueva Eva, ella venia de mi mismo, ella se formó casi de mi corazon.

“Algunas veces el padre Olivier asistia á nuestras lecciones y en esos dias mi discípula estaba mas atenta. La biblioteca del anciano sacerdote era para nosotros un recurso; allí encontrábamos á los poetas y á los moralistas, nuestros autores preferidos. Sin duda Natividad, no tenia un espíritu superior. A pesar de todas las explicaciones que yo le podia dar, las cosas mas simples, cuando no hablaban ni á la imaginacion ni al sentimiento, eran para ella impenetrables misterios. No racionaba; nada mas sentia.

“Por lo demas, toda ella era un contraste. Admitia sin exámen las maravillas mas estrañas; ninguna de las creencias populares, tan numerosas en nuestra parroquia, la encontraban incrédula; sacudia la cabeza y sonreia de compa-

sion, cuando yo le decia que el hombre media el curso de los astros y la distancia del sol á la tierra.

“Algunas de sus palabras hubieran podido atribuirse al niño mas candoroso y otras al viejo mas sabio. Así estaba igualmente contenta y en su lugar, entre las ancianas y entre los niños. Esta mezcla de alegría juguetona y dulce gravedad, le daban á cada instante una fisonomia nueva y siempre seductora.

“Mas si su carácter tenia dos matices bien diferentes, su corazón no variaba como ella. Su tierna prevision, y su ingenua bondad proveian constantemente á nuestras necesidades. Mazé-Kervella no tenia tiempo para manifestar un deseo; apenas lo pensaba, estaba ya satisfecho por su hija: lo mismo sucedia con los dos hermanos de leche. Dichosa en servirnos, Natividad me recordaba esos buenos genios de los cuentos orientales que un talisman sometia á las órdenes de cualquier príncipe árabe. Nos amaba á los tres y queria hacerse agradable á nuestros ojos; este era nuestro talisman y ¿cuál otro hubiera sido de mas precio? Las mas veces estos agazajos afectuosos no se limitaban solo á nuestra casa.

Veinte niñas la rodeaban el domingo á la salida de la iglesia. Todas tenian por ella un afecto verdadero y respetuoso; todas buscaban sus consejos, dados siempre con amable alegría, y

nadie tenia envidia de las preferencias acordadas á la hija del Cabo. ¿Qué os diré, de sus atenciones hácia los pobres y del amor que éstos le profesaban? Nunca dejaba de agregar al pedazo de pan que depositaba en la mano del mendigo, algunas palabras tiernas, familiares á las almas compasivas. A los ancianos les hacia una pregunta sobre los tiempos pasados, y les daba así el placer de un recuerdo de su juventud; á los enfermos les indicaba una yerba milagrosa, ó les hablaba de una capilla que se habia hecho célebre por sus numerosas curaciones; la madre tenia tambien su parte de buena acogida, y de venerables palabras; los niños se maravillaban de su semblante gracioso, lleno de santidad, y con un beso dado al mas pequeño, se regocijaba toda la familia.

“En lo que toca á mí, no sabré pintar la afeccion que ella me inspiraba, afeccion que por lo mismo no estaba exenta de pena. Yo pasé momentos de abatimiento y de angustia secreta. Algunos años de expectativa me parecian un siglo, no era mas que un niño y tenia presentimientos de desgracia y de muerte prematura. Sentia en mi una superabundancia de vida que la soledad aumentaba más. Aquello que regocijaba á mi hermana las mas veces me ponía triste. Las orillas del camino cercadas de campanillas azules y de violetas, los arroyos velados por el follage, los murmullos al derredor de nuestras colmenas, el mar que suspira en lugar de murmurar, un ruido de alas en las espinas ó en

el aire arriba de mi cabeza, todas estas cosas encantadoras que mi hermana encontraba con un gusto lleno de dulzura y con una sonrisa apacible, me llenaba de turbaciones y humede-ciéndolo con lágrimas mis ojos abatidos.

“El anciano sacerdote de Loberlac era el confidente de todos mis pensamientos, y sus consejos triunfaban algunas veces de la molicie indigna de un cristiano. No me vituperaba el que amase á Natividad, pues la creia destinada á ser mi fiel compañera, pero me reprochaba el que la amase con sordida idolatria “Si estais enfermo, me “decia. un médico y no otra enfermedad es lo “que debeis llamar en vuestro socorro.

“La muger á quien amais es como vos, y mas “que vos, un ser lleno de debilidad y sufrimien- “to: ha venido al mundo llorando, y si Dios la “destina al matrimonio, ella tendrá hijos en me- “dio del dolor como su madre. Sabeis que su “belleza, sus naturales gracias, sus inocentes se- “ducciones no la salvarán de la muerte y que to- “das estas amables cualidades irán á dormir en “una almohada de paja cubierta por un paño “blanco y se encastrarán en unas tablas. Amad “como criatura lo que es criatura, y reservad á “Dios lo que es de Dios solo. No olvideis que “en este mundo, las lazos que parecen mas sóli- “das, son mas fáciles para romperse. La mas “pura, la mas fuerte, la mejor de las afecciones “humanas, se parece á esa hiedra que se eleva “para dar un poco de sombra al profeta Jonas y

“que se seca en un instante por la mordida de “un gusano.”

“Me era imposible dejar de recordar la ver- dad de estas palabras. Mi imaginacion se cal- maba, y me volvía mas tranquilo á la casa del Cabo. Natividad salía á mi encuentro y la veía venir sin que toda mi sangre se agolpara al co- razon; apoyaba la mano sobre mi espalda, sin que un calosfrio de gozo corriera por mis ar- dientes venas. Llegaba con ella á nuestro puen- te rústico riendo y platicando, casi como en los tiempos de nuestra infancia. El buen Mazé, con los brazos cruzados sobre el pecho, nos aguardaba á la entrada del cercado. Su natural im- pasible, exento de turbaciones y de vivas emo- ciones, se adivinaba en su frente austera. Me amaba sin comprenderme, sin suponer las sen- saciones deliciosas ó penosas que me agitaban á la vez y que su juventud habia ignorado. Se hubiera dicho que era una de esas rocas de gra- nito, que rodean su morada, impenetrables á los ardientes rayos del sol del estio, é inmóviles al ímpetu de los vientos, y de las tempestades.

“Algunas veces envidiaba yo la suerte de es- te hombre mármol, y hubiera querido cambiar mi organizacion sensible por su inalterable na- turalidad. Pero no obstante, ¡qué de goces me proporcionaba entónces esta vivacidad de im- presiones de que me quejaba á Dios! Cuando en- traba despues de la tarde en esa cabaña que veis cerca de la casa principal, ocupaban mi

imaginacion las mas seductoras ilusiones que retardaban para mí la hora del sueño.

“Mi padre me habia abandonado en esta habitacion que le era inútil, y Natividad se complacia en arreglarla conmigo. Cerca de la única ventana, donde cuatro postigos dan tan poca luz, habiamos colocado una mesa de sabino, y encima de ella algunos libros, reunidos con gran trabajo y casi todos truncos, se ostentaban con complacencia sobre dos viejos estantes, pomposamente decorados con el nombre de bibliotecas. Una cama, especie de armario que habreis visto en todas las cabañas bretonas, ocupaba el rincon mas oscuro: un ramo bendito le protegia, y mi hermana, para que mi sueño fuera siempre apacible, habia colocado tambien una imágen de Nuestra Señora de la Guarda.

“Delante de esta cama habia un viejo sabueso groseramente esculpido. No tenia sillas, y un banco de madera hacia sus veces. Por lo demas, nada me faltaba en mi dichosa celda, ni aun objetos de lujo: habia comprado á un buhonero dos bustos de yeso, dos figuras mofetudas y rojas que llamaba Pablo y Virginia; y Natividad, para auxiliarme en mi tocador, partió su espejo y me dió la mitad. ¿Qué me faltaba? Nada; porque aun no tenia entonces veinte años, y por mis ilusiones estaba rico de todo aquello que se puede imaginar. Yo veia extenderse estas cuatro paredes, engalanarse con nuevos

muebles que se colocaban allí, otra silla, una mesa cargada de lino, el torno y el debanador.

“Una union piadosa y tierna, una vida comun trasformaba esta pobre cabaña en una mansion de delicias, y esta vida, toda de calma y de amor, se embellecia todavia mas con el recuerdo del obrero de Nazaret y de esa María llena de gracia que preparaba el lecho y el alimento del carpintero. Tal era mi confianza crédula en las promesas del porvenir.

“Engañada por una expectativa de colinas eternas, ¿qué alma adolescente no ha acariciado cien veces proyectos de inalterable felicidad, y no ha creído asegurarse un paraíso en cualquier rincon de la tierra?

Empezamos en todo por la esperanza, y terminamos por las decepciones y la amargura del corazón. Cuando yo no era mas que un pepueño pastor, las mas veces errante en la ribera, contemplaba esas estrellas rutilantes, tan numerosas en la fiesta de los Muertos. Creia verlas desprenderse de los muros y deslizarse entre las crestas de la Roc--Nivélen; corria, ascendia á la montaña de piedra, me lanzaba á la cima mas elevada creyendo encontrar allí la flor luminosa..... ¡Error de niño! Humillado y triste volvía á mi choza: la estrella no habia dejado el cielo.”

“Sí, es en vano que por diversos caminos busquemos la vida feliz. Aquellas cosas que pare-